

## MEJOR QUE DOÑA BARBARA GALLEGOS Y SU ULTIMA NOVELA

"Sobre la misma tierra" es el título de la última novela de nuestro máximo novelista Rómulo Gallegos. Hemos de confesar que por un deber de información y de sinceridad únicamente, emprendimos la lectura de esta novela. Ciertamente que no podíamos, y menos aún queríamos, aceptar la idea que ya iba logrando prosélitos en nuestro medio, de que Gallegos había ya dado todo lo que tenía que dar, de que su decadencia se acentuaba más y más a cada nueva novela que enviaba a las prensas. Pero el hecho innegable de que "Pobre Negro" (1937) y "El Forastero" (1942) habían proporcionado sendos desengaños a los ávidos lectores del Gallegos de "Doña Bárbara" y de "Canaima" hacía que nos aproximáramos ahora a la lectura de esta nueva obra con un instintivo temor de ver frustrados una vez más los deseos, largo tiempo sostenidos, de un nuevo triunfo del Maestro, y —¿por qué no?— de una superación, difícil pero posible, de lo mejor de su obra anterior. (1)

(1) Rómulo Gallegos nació en Caracas el 2 de agosto de 1884. Después de sus estudios de bachillerato, hechos en el Colegio Sucre, tuvo que abandonar los de Derecho que había comenzado en la Universidad, para dedicarse al trabajo. Más tarde fueron las labores pedagógicas las que lo ocuparon. Fué en algún tiempo Director del Liceo "Andrés Bello" de Caracas. Además como hombre público ha sido Diputado al Congreso Nacional, y en 1936 desempeñó el cargo de Ministro de Educación Nacional. En 1941 lanzó su candidatura para la Presidencia de la República, respaldado por una pequeña minoría.

Su carrera literaria se inició hacia 1909, cuando en unión de Julio Planchart, Julio Rosales, Enrique Soublette, Rómulo Maduro y otros, formó parte del grupo que escribía la revista literaria "La Alborada". En 1913 publicó su primer libro, un volumen de

Casi diríamos que vino a reforzar este temor o prevención que acabamos de señalar, el hecho de la pedante e inconsciente actitud de ciertos escritores de la prensa diaria que aun antes de conocer "Sobre la misma tierra", ya le compusieron notas di-

siete cuentos, al que daba el título el primero de éstos: "Los Aventureros". Uno de esos mismos cuentos, el titulado "El milagro del año" fué arreglado por su autor, en 1916, en forma de drama. "La rebelión" y "Los inmigrantes" fueron otros dos cuentos, publicados en sendos folletos, en 1922. Las novelas de larga extensión son hasta hoy ocho: "Reinaldo Solar" (o "El último Solar"), 1920, (cinco ediciones); "La Trepadora", 1925, (cuatro ediciones); "Doña Bárbara", 1929, (diecinueve ediciones, traducida al inglés, al alemán, al checoslovaco, al noruego y al portugués); "Cantaclaro", 1934, (cuatro ediciones); "Canaima", 1935, (cuatro ediciones); "Pobre Negro", 1937, (tres ediciones); "El Forastero", 1942, (dos ediciones); "Sobre la misma tierra", 1943, (primera edición).

Las referencias bibliográficas en torno a Gallegos y su obra literaria, son abundantisimas, sobre todo artículos en revistas y periódicos. Siéndonos imposible reproducir aquí todos los títulos de esos escritos, pondremos sólo los nombres de aquellos autores y obras que estudian más en conjunto la labor novelística de Gallegos, o algún aspecto especial de la misma. Massiani, Felipe, *El Hombre y la Naturaleza en Rómulo Gallegos*, Caracas, 1943; Ratcliff, Dillwyn F., *Venezuelan Prose Fiction*, (Chapter XIV), pp. 235—263, New York, 1933; Leo Ulrich, *Estudios filológicos sobre letras venezolanas*, ("Doña Bárbara, obra de arte"), pp. 29-67, Caracas, 1942; Picón Salas, Mariano, *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*, pp. 217-220, Caracas, 1941; Angarita Arvelo, Rafael, *Historia y Crítica de la Novela en Venezuela*, (pp. 115-142), Berlín, 1938.

En el reciente libro del escritor colombiano Pedro Moreno Garzón, "Venezolanos Ciento por Ciento", Caracas, 1943, se halla (pp. 34 - 39) una amena síntesis biográfica de Rómulo Gallegos, breve y de tono periodístico.

tirámbicas, y de cajón, en las que se alababa la novela porque sí, y porque siendo obra de Gallegos necesariamente tenía que decirse que era algo bueno.

Con disposición de ánimo tan poco favorable, pronto nos hallamos sin embargo, sumergidos en una reposada lectura de esta nueva obra, que tan a tiempo viene a reforzar el esmirriado acervo novelístico nacional, el cual —dicho sea de paso—, es bastante menos trascendente y universal de lo que falazmente suelen afirmar muchos de nuestros modernos escritores.

Sin meternos ahora a discutir si "Doña Bárbara" es una novela perfecta, bástenos reconocer que nuestra voz unánime, en el país y fuera de él, la ha proclamado hasta ahora como la mejor novela venezolana, y como una de las tres o cuatro mejores de Suramérica. Esta consagración hecha por el público y por la crítica, le creó a Gallegos una situación difícil durante el resto de su carrera de novelista, hasta el presente. "Doña Bárbara" vino a ser el punto de referencia y el rasero por el cual se procedió siempre a valorar toda la otra producción novelística galleguina. Hemos oído decir, más de una vez, que al mismo Gallegos le desagradaba el ver que los críticos se iban siempre en pos de "Doña Bárbara" como término de comparación en el estudio de las otras obras salidas de su pluma.

Cuando apareció "El Forastero" fué tal la pobrísima impresión que produjo, que no tardó en oírse alguna voz que presagiaba el próximo y total eclipse de Gallegos como novelista. Echándonos a buscarle una explicación al hecho evidente del bajón que dicha novela significaba en la trayectoria de Gallegos, creímos poder sintetizarla en dos puntos. Primero: esos altibajos son achaques propios de todo escritor, y aun de todo artista. La tan manoseada frase de Horacio: "*Quandoque bonus dormitat Homerus*", tiene una aplicación práctica tan común, que no creemos pueda señalarse un solo escritor de cualquier época y región que no haya reflejado alguna vez en su obra los efectos de aquel sueño intelectual señalado por Horacio. Segundo: es posible, además, que la época en que aquella novela estuvo en gestación, no hubiese sido la más apta para nacer perfecta: eran los días de gran actividad política de Gallegos, y de campaña en pro de su candidatura para la Presidencia de la República. Era imposible que en aquella atmósfera tan poco artística, y de tan poco sosiego en la que vivió el novelista durante una buena temporada, —antes y después

de la elección presidencial,— pudiese concentrarse su espíritu, para planear la trama, crear las situaciones, forjar los personajes, y al fin darnos como resultado una novela bien lograda.

Pero, pasó "El Forastero", y tras de su notorio fracaso seguimos todavía creyendo entonces, que el Gallegos novelista insigne no podía haberse extinguido aún, y por eso seguimos también esperando, con plena confianza, el momento en que despertara brioso y pujante el genio creador de "Doña Bárbara", para regalar a sus numerosos lectores de dentro y fuera de Venezuela, la mejor de sus novelas, síntesis y superación de toda la obra que ha precedido, incluida "Doña Bárbara".

Y hoy, con la publicación de "Sobre la misma tierra" podemos anunciar alborozados, —sin temor ninguno a la sorpresa que esta afirmación pudiera causar en no pocos lectores—, que en efecto Rómulo Gallegos nos acaba de dar la mejor de sus novelas; con métodos que de puro sencillos casi se dijieran sorprendentes, acaba de realizar su mejor salto de altura, se ha superado a sí mismo y a lo mejor de su obra anterior. Usando una frase medio paradójica diríamos que el autor de "Doña Bárbara" se perdió el miedo que a sí propio se tenía, —ese miedo innato del artista que una vez triunfó de plano ante numeroso público y luego se acoquina ante su propio éxito—; se olvidó de que era el autor de una bien reputada novela llamada "Doña Bárbara"; miró sólo hacia adelante, confió en su poder, y la obra largo tiempo presentida quedó plasmada bajo el título de "Sobre la misma tierra". (2).

Así como "Doña Bárbara" es la novela del llano venezolano, y "Canaima" la novela de la selva orinoquesa, así "Sobre la misma tierra" quiere ser la obra que recuerde y cante algo de la rica zona zuliana, con su moderna industria petrolera y sus olvidados y sufridos restos de la Goajira.

El escerario de la novela es extenso y variado, pues aunque limitado a sólo el Zulia, enmarca aspectos tan diversos como la ciudad de Maracaibo, la zona petrolera, el extremo sur del Lago de Maracaibo con sus ríos Escalante y Catatumbo, y finalmente la pintoresca y apartada región de lo que todavía es Goajira venezolana.

(2) "Sobre la misma tierra", por Rómulo Gallegos. Editorial Elite, Caracas, 1943. Preliminar edición, 352 pp.

La acción comienza a nuestros ojos con la vida aventurera que ha emprendido el joven calavera, —hijo de buena familia maracaibera—, Demetrio Montiel; o como él mismo se ha llamado fanfarrón y humorísticamente, Montiel Montiel de los Montieles. Pero esa vida aventurera y descabellada que ha emprendido viene a ser de trascendencia doblemente perjudicial para la región. Por una parte, Demetrio Montiel, dedicado al contrabando por la frontera colombiana, se dedicará también al inhumano negocio del tráfico de pobres indios, vendidos para el trabajo agobiador a hacendados sin conciencia. Y por otra parte, apenas resonó el grito jubiloso del hallazgo del petróleo a orillos del Lago de Maracaibo, Demetrio Montiel va a lucir su habilidad de engañador en la compra-venta de terrenos petrolíferos, o como él mismo dijo, fué a meterse en "la danza de los millones" que iniciaban las grandes Compañías extranjeras que venían a explotar el subsuelo zuliano, vendiéndoles a éstas terrenos arteralmente arrancados de los manos de viejos propietarios.

Pasados muchos años de vida perversa, cansado de sus propios pecados, un día Demetrio Montiel, no se sabe dónde ni cómo, se quitó la vida. Pero, no todo se había perdido. De las andanzas de Demetrio por la Goajira, le ha sobrevivido una hija, mitad de sangre Montiel y mitad puro goajiro, criada en su juventud y educada por sus tíos y padres adoptivos en Estados Unidos. Esta joven, llegada a la madurez, y muertos sus padres adoptivos, regresa al Zulia, y en generoso arranque de valor, de abnegación y de patriotismo, —echando a un lado panoramas de vida regalada y tranquila—, va a constituirse en el ser providencial que salva de la miseria y del exterminio a los restos de la gran familia goajira. La llamada de su sangre materna, y el espíritu audaz y emprendedor de su padre Montiel, se fusionan en magnífico producto, —casi irreal, pero perfectamente verosímil—: es Remota Montiel, que va a dedicar su talento, su vida y el amor hacia su pueblo, a la ardua empresa de deshacer en cuantas cosas pueda la obra arruinadora y trágica llevada a cabo por su propio padre.

Tal es, a grandes rasgos, lo esencial del argumento que Gallegos distribuye en las tres partes de su novela. El material utilizado en la trama es abundante, pero no excesivo; con lo cual se ha logrado dar perfecta claridad al desarrollo, sin las complicaciones y entrecruces de acción que pudieran hacer fatigosa la lectura.

Hay en toda la novela una perfecta unidad de pensamiento: el Zulia, —su zona petrolera y su triste región goajira—, han sufrido en la carne viva de sus habitantes, el funesto flagelo de la explotación y del abandono; pero, pasada esa noche oscura, se vislumbra la claridad del rayo de esperanza que traen los nuevos tiempos. El pensamiento fundamental, pues, no es de mero pesimismo, de labor negativa ante las desgracias que han asolado el Zulia, sino que gradualmente va apuntando también el optimismo hacia la labor constructiva y reparadora que se inicia y que debe seguir adelante.

Pero esta misma unidad de pensamiento, así desdoblada en tan opuestas como reales actitudes, viene a quedar identificada con los dos personajes centrales de la novela: Demetrio Montiel y su hija Ludmila Weimar o Remota Montiel. Demetrio es símbolo de las desdichas de su tierra; y cuando él desaparece, surge como retoño sano, pujante, de la misma raza, y sobre la misma tierra, Remota Montiel, símbolo de esperanza y de redención. Gallegos, con tacto exquisito de artista, sabe evitar el que los cuadros verdaderos de intensa tristeza, —imposibles de omitir—, acaparen la impresión de conjunto de su novela; y para logrararlo, ya desde la mitad del libro en adelante va creando paulatinamente una atmósfera de aliento y de entusiasmo, que a través de dificultades, acompaña a la decidida Remota hasta lograr ésta el primer triunfo de su empresa regeneradora. No fué necesario hacerle cambios bruscos e inverosímiles al carácter del funesto protagonista Demetrio. Su hija Remota va a ser ahora la aventurera, será la Capitana de "La Arrepentida", será la traficante de la Goajira y del Cotatumbo, tendrá por brazo derecho al mismo Venancio Navas. . . pero todo ello será movido a impulsos de un ideal grande y bueno, en vez de a impulsos de la simple locura o del interés egoísta de antes. Esta novela tiene, es cierto, dos protagonistas sucesivos, primero a Demetrio y luego a Remota, pero la segunda no es sino la continuidad del espíritu del primero, pero ya reformado, purificado y en plan de reparar las equivocaciones de aquél.

Junto a estas unidades de pensamiento y de personaje central, corre pareja la unidad de interés; interés siempre creciente, creado por las situaciones que en perfecta ilación van surgiendo dentro de un ambiente saturado de humanismo. Y es tanto más de notar esta circunstancia, cuanto con ella queda descartada la presencia de

toda otra clase de interés, bien sea el meramente episódico, —casi sin lugar en esta novela— o bien el interés de la descripción y del paisaje. A Rómulo Gallegos le debe haber dolido el que tanta crítica, —acaso bien justificada—, en torno a anteriores novelas suyas, haya insistido en la importancia primordial del paisaje y de lo descriptivo en sus méritos de novelista. Tal afirmación, que encierra no poco de elogio, pudo haber ido en desdoro de otras cualidades esenciales a todo verdadero novelista. Y Gallegos esta vez se ha vindicado. Ha querido probar, —y lo ha logrado—, que puede crear ambiente, y lanzar a la vida personajes de cuerpo entero, y tramar una buena acción, y hacer sin embargo intervenir un minimum, lo indispensable, de paisaje. Además, su ojo sagaz advirtió desde el principio que tampoco el paisaje zuliano y goajiro, aun con todas sus bellezas, podía ejercer la fascinación tan altamente cotizada del llano o de la selva guayanesa. La sobriedad en las pintadas de colorido, es en "Sobre la misma tierra" la revelación de un Gallegos tal vez insospechado para muchos. Ya no se seguirá diciendo que nuestro autor marca su triunfo sólo frente al paisaje y ante la descripción. Y sin embargo la huella del león no pudo del todo ocultarse. A manera sólo de ejemplos indispensables, léanse en los comienzos de la segunda parte de la novela, las dos páginas antológicas (pgs. 127-128), descripción completa del voraz incendio de Logunillas; y las cuatro últimas páginas (pgs. 228-231) de esa misma segunda parte, de una sobriedad y al mismo tiempo de un encanto tan espontáneo, que no creemos hayan sido superadas en obras anteriores. Y por último, la tétrica descripción que encierra el antepenúltimo capítulo de la novela, titulado "Sombras dolientes" (pgs. 337-342), está trazada con una mano de maestro consumado; el dolor de aquellos seres, evoca los sufrimientos de un lienzo de Ribera, o las indescriptibles expresiones de alguno de los círculos infernales del Dante.

Distintivo personalísimo de Gallegos, a través de toda su labor novelística, ha sido el manejo perfecto del diálogo. No nos detendremos a hacer hincapié sobre este aspecto en la presente novela. El Maestro sigue haciendo honor a su merecida fama. Quien quisiera saborear algún ejemplo exquisito, léase el capítulo "La mujer vendida" (pgs. 327-335). Allí hay no sólo destreza y naturalidad en el manejo del diálogo, en cuanto éste significa forma exterior de expresión, sino que hay además una

finura psicológica exquisita en el modo de expresar cada personaje la variedad inmensa de los más encontrados sentimientos, que les están brotando en muy breve tiempo, a impulsos de pasiones decididas que vienen a jugarse la última carta, y donde cada cual espera obtener una victoria rotunda.

Pero donde creemos que en justicia hay que darle a Gallegos la palma de la auto-superación es en la creación de **Ludmila Weimar** o **Remota Montiel**. En nuestro concepto, —por lo menos al presente— es el mejor personaje de toda su novelística. Ahí se da la interpretación de la mujer fuerte, pero que no pierde su necesario feminismo; valiente, pero sin alardes fanfarrones; decidida, pero sin impetuosidades. **Ludmila** (o **Remota**) piensa, plenea se decide, y una vez sobre la marcha no hay situación que pueda entorpecer sus designios. No estamos frente a un machismo del tipo "Doña Bárbara", que de casi repulsivo logra interesarnos, sino frente a un valor femenino que si bien alcanza proporciones nada comunes no por ello deja de ser perfectamente verosímil, y aun espléndidamente real. **Remota**, perfecto tipo femenino, que sabe del regalo, de la belleza, del amor, nos da la prueba de que hoy almas grandes que, aun en el orden puramente natural, son capaces de inmolarse a aquellos legítimos y conaturales goces, en aras de un noble ideal. Para un análisis psicológico de las ideas y sentimientos de **Ludmila** son importantes los capítulos titulados "Pensamientos de Travesía" y "Era una tarde fea". No podemos alargarnos más en el estudio de éste ni de otros personajes. Como bien logrado, —aun tal vez mejor que Demetrio Montiel— está el inteligente y prudentísimo Venancio Navas. Y el viejo y taciturno Airapúa simboliza toda una raza que desaparece. Y los trazos breves, pero indelebles, con que se nos pinta al repulsivo Adrián Godea, son obra de artista consumado.

Siempre ha sido mérito inalienable de Gallegos —salvo en rarísima y breve excepción— el haber mantenido sus novelas en un tono de perfecta limpieza y corrección. Como verdadero y excelente artista no ha necesitado conseguirse público lector a fuerza de incentivos de fisiología lúbrica. "Sobre la misma tierra", sin ser para niños, es obra tan discreta y hasta tan delicada en la manifestación de solos dos o tres pormenores indispensables, que a nadie puede ofrecer motivo de desagrado, y si más bien de admiración hacia un escri-

tor que mantiene su prestigio a base de decencia.

Al terminar estas notas, puede ocurrirse el preguntarnos la razón del título con que las encabezamos: "Mejor que Doña Bárbara". Lo primero que podríamos responder es excitar al lector a que por sí mismo saboree las páginas de "Sobre la misma tierra", leyéndola no una sino dos veces, y que luego juzgue de nuestro aserto. Pero entretanto bástenos resumir aquí concretamente algunas ideas. En esta novela hay acción perfecta, bien desarrollada, y bien concluida. Pero entiéndase: concluida no en absoluto, sino dentro de lo que el plan de la misma novela requería. Porque es cierto que la obra termina cuando Remota Montiel apenas ha dado comienzo a su obra regeneradora. Además el autor llega al último capítulo pleno de vigor, sin

consancio alguno; casi diríamos que sus mejores capítulos los escribe en la etapa final. Recuérdese que en "Doña Bárbara" el final no puede librarse de la impresión de fatiga, y aun hasta el interés de la acción llega a decaer, es un final hecho. Por otra parte el fin que anima toda la acción y el espíritu recto y sin desviaciones con que se desarrolla, superan con mucho a lo que ocurre en "Doña Bárbara". Y por último, además de otros méritos señalados arriba, creemos sinceramente que quien conozca y analice el carácter y el proceder de Remota Montiel, pronto encontrará mucho menos interesante a la hasta ayer insuperada mujerona del llano.

Saludemos entusiastas desde hoy, al mejor novelista nacional en la creación de su mejor novela. "Sobre la misma tierra".



*Pedro P. Barnola,*

S.

J.